



UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 30

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompaña: un pliego de las IMPRESIONES DE VIAGE, por A. Dumas; un pliego de la HISTORIA UNIVERSAL, por Coslanzo; dos pliegos del ALMANAQUE PARA TODOS, por Villabrilie.

UNA VENGANZA.

Don Sebastian Fernandez, rico comerciante de Barcelona, era el amigo íntimo de don Juan del Castillo. Desde el momento en que por la vez primera se vieron, se amaron. El tiempo consolidó la amistad, pero un instante solo basta para hacerla nacer. Hay gentes que nos agradan á primera vista, y hay otras que despues de tratarlas muchos años, á pesar de sus buenas cualidades, no nos inspiran nada. Esto efecto de la simpatía, de ese agente misterioso que existe dentro de

un rico que habia adquirido su caudal á costa de toda la vida de trabajo; pero al mismo tiempo era afable, generoso con sus amigos y tolerante.

Don Juan era el reverso de la medalla, con un patrimonio mediano, sin pensar en el porvenir toda su vida se cifraba en el instante presente, sin que nada le ligase á lo pasado, vivía, en una palabra, como si hubiese sido capaz de reflexionar que la vida es corta, y sobre todo la vida de los placeres.

Esta contrariedad de caracteres lejos de enterviar la amistad la aumentó.—Las simpatías crean los vínculos, las antipatías los hacen permanentes.—Sin esta diferencia moral, la uniformidad engendraría el fastidio. Así como la verdad nace del choque de las opiniones, así las relaciones sociales se modifican, se consolidan por la contradicción y la diferencia en el modo de ver las cosas. Nada en efecto mas insoportable que el oír responder *amen* á todo, que una ciega y perpétua aprobacion á todas nuestras palabras, obras y pensamientos.

deseosa de complacer á su anciano padre dió el consentimiento, resignándose á dar la mano á un hombre de cuarenta años, que la amaría cuanto le fuera posible, y á cuyo lado encontraría una especie de felicidad negativa.

La edad de cuarenta años es la mas fatal. Es el punto de la vida en que se hace alto, momento en que el hombre mira con dolor atrás, en que ni es joven ni es viejo; es solo un hombre, cualidad vaga, posición falsa, estado neutro en que ni puede usar de la licencia que se concede á la juventud, ni goza de los privilegios de la vejez. Las madres por salir de sus hijas consideran á los hombres de esta edad como que les ofrecen todas las garantías imaginables; pero las jóvenes piden otras que no pueden asegurárselas, y son de distinto modo de parecer. A los cuarenta años se vuelve gris el cabello, se empiezan á arrugar los ángulos de los ojos, se engruesa el vientre; en una palabra, á los cuarenta años es uno bueno para senador ó redactor de algun periódico ministerial, para jugar en las tertulias al tresillo, y para amar solo á su mujer. En fin,



Vista de la ciudad de Barcelona.

nosotros y que es mas fuerte que la voluntad y la razon, que es una guia casi infalible cuyos fenómenos colocan los poetas como una esencia divina en el fondo del alma, y los fisiólogos, hombres positivos y destinados á deshacer los encantos que nos habíamos creado sobre nuestra organizacion, llaman simplemente fluido magnético. Nosotros preferíamos con los ignorantes no saber en qué consisten las simpatías del corazón, si el saberlo ha de tener por efecto inevitable el destruir nuestra creencia y nuestras mas alhagüeñas ilusiones.

Don Sebastian era un hombre de edad, educado mercantilmente, consagrado á su comercio, calculador, sombrío, deseoso de ganancias, temeroso de perder lo adquirido, teniendo siempre en prospectiva incendios, bancarrotas, revoluciones, en una palabra, era un hombre positivo.

Bon Sebastian tenia una hija joven de diez y ocho años, bella, única, mimada como tal, llena de caprichos deliciosos, con una imaginacion fantástica capaz de ó desesperar á un marido, ó hacerle el mas feliz de los mortales, con la cabeza llena de novelas románticas y por consecuencia exaltadas, con un juicio incorrecto, mirando como el tipo de la felicidad ideal el amor de un militar ante cuyas charreteras echasen armas al hombro los centinelas de todos los cuerpos de guardia.—El padre de la hermosa Luisa, que no quería que las talegas que con tanto trabajo y tantos años habia tardado en juntar pasasen á manos de un oficial joven calavera que las hiciese desaparecer á la vuelta de un par de cartas, fijó los ojos en su amigo íntimo, y le eligió en su corazón para yerno. Trabajo le costó á la bella Luisa el renunciar á tan fantásticas ideas; pero

á cuarenta años no hay necesidad de llevar pollaca; pero por todo se merece!

Don Juan tenia cuarenta años. Dos pasaron despues de su matrimonio con Luisa. Su íntimo amigo, su suegro murió. Intereses cuantiosos que le quedan con una casa de un socio de Madrid le llamaron á esta capital.—Partió en posta. Luisa permaneció en Barcelona. La complicacion de los negocios mercantiles prolongó dos meses la permanencia de don Juan en Madrid.—En tanto en Barcelona se hallaba de guarnicion uno de los regimientos de granaderos de la Guardia Real. El día de la Asuncion, el 15 de agosto, el pueblo celebraba esa festividad religiosa congregado en su magnífica catedral.—Al salir de la misa la joven Luisa cubierto el rostro con el velo de su mantilla, al través del que se descubren sus ojos africanos, siente que una mano misteriosa

riosa desliza un billete en la suya. Hacé disimularla ademas de componerse la mantilla, y coloca el imperceptible papel sobre su pecho palpitante de amor, y se apresura á llegar á su casa á lo último de la ciudad, no lejos del campo.

Allábrase, lee, devora, cubre de besos clamoroso billete, que solo contiene estas palabras: — *A las doce al pie de la Cruz de Hierro.* — Una mano querida, temblando de emoción, y que apenas podía escribir, ha trazado esas palabras, dulces precursores de una cita, de una última cita... El regimiento de granaderos debía salir al día siguiente de Barcelona, y Alejandro con él.

Apenas había podido burlar los celos de don Juan que se hallaba en Madrid hacía dos meses. Solo habían podido verse raras veces, á fuerza de angustia y con grandes riesgos. Tal vez mañana volvería don Juan para nunca separarse mas de Luisa!

¡Cuán lentas corren las horas que preceden á una cita amorosa!

¡Cuán penoso es fingir un sueño tranquilo cuando el corazón está lleno de temor y de angustia!... ¡Jamás tardaron tanto en dormirse las personas cuya celosa vigilancia temía Luisa! Nunca tardó tanto la gente de su casa en quedar recostada y en reposo la ciudad! Al fin no se oye nada, todo está en silencio... todos duermen. — Vistese llena de alegría, se cubre con un mantón, sale de casa, vuela á la Cruz de Hierro.

Aun no había llegado Alejandro.

Es la primera vez que no ha llegado antes de la cita. Las doce acaban de dar... Tal vez sus amigos le detienen despidiéndose de él... ¡Pobre joven! maldice seguramente la amistad que le detiene. ¡Oh cual se consolará al llegar á los brazos de su Luisa!

El reloj de la catedral da la una... dan las dos... dan las tres... dan las cuatro... y Alejandro no parece.

Una angustia mortal se apodera de Luisa, un frío mortal cubre sus miembros.

Empiezan á amanecer; ya algunos labradores y vendedores se dejan ver en el campo; la pobre Luisa se levanta del pie de la cruz donde luce un rato se había arrodillado, como si el Dios de los cristianos pudiese escuchar súplicas de adulterio y de profanación.

— ¡Ah! ¡Ya no volveré á ver mas á mi Alejandro! murmuró con desesperación.

— ¡Ha acudido á la cita... — exclamó una voz de trueno, terrible, aterradora. Era la de don Juan, el esposo de Luisa!

Llena de terror va á abrazar la cruz con sus brazos desfallecidos, pero se retrae despavorida al verla, da un grito, y cae desmayada.

La cruz estaba manchada de sangre... el suelo se hallaba recientemente removido.

Al pasar revista al día siguiente para marchar el regimiento de la Guardia Real, se rebó de menos á uno de sus más bizarros capitanes: el joven Alejandro Rivero...

¡Nunca mas se volvió á saber de él!

Tres meses después la hermosa Luisa, cuyo marido había marchado á América, murió en su casa demente. Desde el 14 de agosto no había vuelto la infeliza á recobrar la razón.

HISTORIA DE UN HORCADO.

I.

Antes de que el célebre médico Junker se estableciese en Halle dando sus conocimientos le hicieron adquirir una reputación tan marcada, su estremada pobreza le había obligado á ir á habitar en una pequeña aldea, donde como dice una autorizada expresión de economía, es menos costoso vivir que en las grandes poblaciones.

En esta época se ocupaba el doctor en la anatomía con el ardor que mostraba siempre en todos sus estudios; pero desgraciadamente, casi no se le presentaban ocasiones para sus experimentos. El aire del país era saludable, agradable y risueño en la campiña, las habitantes alegres y laboriosas, y si alguno de ellos se ponía enfermo, Junker se presentaba al momento, y con la ayuda de Dios, curaba á su doliente. ¡Lisongera situación para un hombre honrado que comprende la dicha de hacer bien; pero triste para un médico que

tiene necesidad de aumentar el número de sus visitas!

Una vez, sin embargo, se le proporcionó una buena fortuna, una buena fortuna anatómica — es preciso apresurarse á decirlo — porque con este motivo, todo el redacido país que el doctor amaba, se afligió extraordinariamente con un espectáculo cuyas consecuencias habían venido repentinamente en ayuda de la naciente ciencia del médico.

Sin dar aquí mas detalles, nos limitaremos á decir que Junker acababa de adquirir el cadáver de un criminal que había sido ahorcado el día anterior. En el momento en que entraba en su casa, acompañando su adquisición que hizo transportar secretamente y con todo el piadoso respeto debido á los que Dios llama á sí; — y esto sucedió dejando obrar á la justicia de los hombres — no queriendo ni perturbar á las personas de la casa, de las cuales había llegado á ser comensal, ni al criado que habían puesto á sus órdenes, hizo depositar su difunto en un gabinete contiguo á su habitación.

En seguida pidió la cena con la mayor tranquilidad, para no infundir sospechas; y como ante todo necesitaba adquirir fuerzas para entregarse á su trabajo nocturno, alcanzó de un viejo armario una gran botella de ron, de cuyo licor se escanció dos veces seguidas: después para encontrarse solo mas pronto, mandó al viejo criado que le servía que se acostara, sin permitir que quitase la mesa.

En este momento la oscuridad de la noche era profunda; pero antes de pasar á su gabinete, el doctor tomó un libro, y puesto de codas cerca de la lámpara, lo abrió por el capítulo especial que ante todas cosas debía consultar.

Las horas que se dedican al estudio y las meditaciones que este produce pasan con una admirable rapidez. Ya sería media noche, y en la casa del doctor, como en las demas de la aldea, todos dormían tranquilamente, cuando un gran ruido que partía del gabinete donde se disponía á ir á hacer sus experimentos, vino á sacarlo de sus contemplaciones. Acordándose entonces de la precaución con que había procurado sustraer el fúnebre depósito á todas las miradas cuando lo condujo, supuso, que el perro de la casa, cuyas cavidades de bienvenida no le habían faltado á su llegada, habría sido engerriado allí por un descuido. — Ved como me advierte que ya es tiempo, y la paciencia del dócil animal se ha agotado con mucha oportunidad, dijo el doctor, escuchando á la vez el ruido que continuaba, y la última campanada de las doce que acababa de sonar en el reloj, como para indicarle cuanto se había entretenido.

En seguida se levantó, tomó la lámpara, y tanto para libertar al prisionero, cuanto para poner prontamente manos á la obra, marchó hacia el gabinete, cuya llave tenía siempre en su bolsillo, para poner al abrigo de toda visita indiscreta el misterioso santuario de la ciencia. Abrió, pues, proyectando la luz en dirección al sitio donde debía encontrarse el objeto que allí había depositado; pero cual fué su admiración, ó mejor dicho su pavor, cuando vió que el ancho pedazo de lienzo en que había empaquetado el cuerpo del difunto estaba desgarrado por la mitad y completamente desocupado: dió algunos pasos mas, y no vió á nadie.

La única ventana que daba luz al gabinete estaba perfectamente cerrada: la puerta lo estaba tambien, pues el doctor mismo acababa de abrirla con la llave que á nadie entregaba. Era, pues, imposible que el ahorcado hubiese sido sustraído de aquella habitación.

Con todo, ¿no era este un suceso ordinario ó casual? y así Junker paseó, no sin temblar, sus miradas alrededor del gabinete; pero su espanto redobló cuando distinguió el cadáver acurrucado en un rincón: el doctor quedó inmóvil, como petrificado... el cadáver parecía como que le miraba. Indeciso sobre el partido que debía tomar, Junker se movió de derecha á izquierda, pero la tenaz mirada del cadáver le siguió tambien en estos movimientos. Emociones el profesor dió una repentina media vuelta que le colocó de espaldas á la puerta por la cual proyectaba salir andando hacia atrás.

Con los ojos obstinadamente fijos en el objeto de su terror, y teniendo siempre la lámpara

en la mano, Junker se aventuró á dar un paso atrás, pero el cadáver, como impelido por la misma fuerza, se levantó y dió un paso adelante.

Esta figura pálida, horrorosa, casi desnuda y moviente, la hora, el profundo silencio que reinaba dentro y fuera de la habitación, todo conspiraba contra el doctor, cuyos sentidos estaban en el mas completo desorden. Estinguidas sus fuerzas morales, dejó caer de repente su única lámpara y la luz se apagó: la luz que, según algunos, es una compañía. Con la oscuridad que le hace perder casi completamente la razón, el ruido metálico que resonaba en sus oídos como un doble fúnebre, Junker se precipita en la misma habitación que ha abandonado un momento antes y va á arrojarle sobre su cama; pero comprende que es perseguido. Los talones del espectro marcan pasos acelerados, y bien pronto el cuerpo muerto abraza las piernas del doctor que estrecha con una tenacidad aterradora.

— ¡Dejadme! ¡dejadme! repitió muchas veces este último con una voz llena de angustia y tratando de desembarazarse de su perseguidor.

— ¡Piedad! ¡piedad! ¡señor verdugo! exclamó el espectro, ¡piedad!... ¡compadécose de mí!

A este grito de intercesión, con la horrible cualidad que se le atribuía, y por espantosos que fuesen sus temores, Junker comenzó á reflexionar, y acordándose de la especie de hombre á quien habla hecho su compra el día anterior, se le fué presentando la verdad á medida que se disipaban sus temores.

— ¿A quién creéis estar hablando? preguntó al resucitado. Yo soy un médico, me llamo el doctor Junker.

Y en seguida dió algunos pasos hacia la puerta para llamar; pero el ahorcado adivinó su intención, y á pesar de las tinieblas, se lanzó tambien hacia la puerta, pasó rápidamente delante del doctor y corrió el cerrojo.

— ¡Diantre! pensó Junker, mudando esta vez de terror, ¿con que bribón, tendré que habérmelas? A solas con él me parece ahora mas peligroso que si este hombre hubiese pertenecido en realidad al mundo de los espíritus.

Pero apenas hubieron atravesado por su imaginación estas reflexiones, cuando el ahorcado que se había arrojado de espaldas á la puerta, cogió vivamente una de las manos del doctor.

— Si llamais, le dijo bajando la voz, mi aventura va á esparcirse; me prenderán de nuevo, y de nuevo me espera una muerte horrible. En nombre de la humanidad, ¡salvadme la vida!

— Veremos, replicó Junker que había recordado completamente la calma, veremos. Para hacer un servicio á la humanidad es para lo que os he introducido en mi casa; veremos si puedo ganar alguna cosa con que os salve.

Al instante volvió á encender la lámpara, echó sobre las desnudas espaldas del ahorcado una bata vieja; después avanzando una silla y mostrando la mesa aun servida:

— Sentaos, dijo.

Hecha esta invitación, indicando un vaso y tomando otro á su vez, el doctor escanció con abundancia á este hombre y puso algunas gotas de ron para sí.

— Debéis tener necesidad de recobrar vuestras fuerzas, bebed!... ¡Y ante todo á la salud de las gentes honradas!

El vaso del doctor se acercó al de su extraño convidado á quien dirigía, como una especie de interrogación, este súbito brindis.

Pero este último, embargado de repente por una palidez que en cierto modo vino á amortiguar la anterior, se levantó y arrojando sobre la mesa servida y sobre el licor que se le ofrecía esa mirada estraviada con que Macbeth mira el fantasma de Banquo:

— ¡Nunca! ¡nunca! repitió con espanto.

Junker no dudó ya que tenía que habérselas con un culpable.

— ¡Hola! ¡hola! ¿gusano que el brindis á la salud de las gentes honradas os intimida? replicó.

Y después con una voz llena de indignación añadió:

— ¿Sóis un asesino?

— Vos, doctor, lo seáis sino me salvaseis.

Y esta vez, con el semblante sereno, pero con una dignidad resignada, este hombre se apresuró á quitar el cerrojo, que un momento antes había corrido, como diciendo: ¡me someto!

á vuestra voluntad; y en seguida volvió á sentarse.

Los dos interlocutores quedaron en silencio; Junker tenía la actitud del que espera una revelación.

—Entonces, escuchad, dijo el inesperado huésped.

II.

La precisión de entrar en materia por el incidente más singular de nuestra aventura, nos ha impedido fijar la época en que tuvo lugar, como asimismo las principales circunstancias que deben ilustrarnos en lo que resta que decir. Los hombres que, á semejanza de Junker, son populares en un mundo puramente especial, pueden no ser bien conocidos por nuestros lectores; pero en pocas palabras trataremos de ponerlos al corriente.

Era la época en que nuestra república, acosada por toda la Europa, iba á declarar la guerra á la Holanda. Nuestras tropas se apoderaban de muchas poblaciones que tenían que abandonar después por la fuerza de las armas enemigas; pero nuestro ejército concluyó por posesionarse de ellas de tal manera, que la Holanda se vió obligada á ponerse en pie de guerra para rechazar nuestra invasión.

Entonces, cuando las ciudades y las provincias enteras pasaban de las manos del vencedor á las de los primeros que las ocupaban, y recibían ese continuo vaiven de que los acontecimientos de una guerra tenaz han dado más de un ejemplo, algunos de los países vecinos á la aldea que Junker había escogido para pasar su vida y dedicarse al estudio, acababan de sufrir muchas de estas altercaciones.

Conmovido por las calamidades que arrastraba á la guerra, pero dedicado enteramente á su profesión, de la cual había hecho una misión sagrada, lo que hubiera decidido á huir á otro cualquiera que no poseyese las dotes que adornaban á Junker, había sido por el contrario la causa de que este permaneciese en su puesto. En la rectitud de sus ideas hubiera tomado por una deserción imperdonable ir á buscar un lugar donde vivir con más tranquilidad, así es que después de esta combata se le veía prodigar sus cuidados con la misma solicitud y con el mismo sentimiento del deber santo á sus compatriotas como á los franceses.

—Los sufrimientos, decía el doctor, no llevan escarpela, y así, en cualquier parte que se hallen, sea cualquiera su procedencia, es preciso que quede el médico para prestarles sus auxilios.

Parece que en esta historia, muchas veces contada por el doctor mismo, existe ya una cosa que envuelve contradicción; y en efecto, juzgando el éxito de los sangrientos combates que tenían lugar á su alrededor podían proporcionar tantos y tantos objetos á las investigaciones del pobre anatomista, cómo se veía precisado á hacer gastos en una compra fúnebre? No podía rebuscar con toda facilidad en medio de la deplorable cosecha que las luchas humanas vendían en su presencia?

Esta es indudable, pero Junker tenía uno de esos caracteres que parecen extravagantes porque están en discordia con la opinión general; pero como hombre de rectos sentimientos, de un despejado buen sentido en las cosas de la vida, obraba siempre según su conciencia, sin cuidarse del que dirán y no haciendo caso de las ideas comunes. Por lo tanto, en el caso presente, el ahorcado le pertenecía por derecho de venta, de la cual tenía carta de pago, digámoslo así; mientras que la víctima consagrada al servicio de su patria é inmolada sobre el campo de batalla, el soldado pertenece á Dios, y debe ser guardada y respetada por los hombres, tanto por el respeto debido á los recuerdos que en sí encierra, cuanto por la santificación de su glorioso fin.

Esta última y concluyente razón era á lo menos la que daba el célebre profesor cuando refería la aventura que nos apresuramos á reanudar en el mismo punto en que nos vimos precisados á suspenderla para dar cabida á estas ligeras explicaciones.

—Escuchad! había dicho aquel hombre que acababa de escaparse de las garras de la muerte,

luego que hubo reunido sus ideas y adivinado la intención del médico.

—Y desde luego, añadió, mi relato sería una cosa bien sencilla, si no tuviese la esperanza de ganar vuestra voluntad, y si además, como todo en vos revela la bondad de vuestra alma, no quisiese aun antes de esta misma voluntad, ganar vuestra estimación.

—¡Diantre! dijo Junker para sí, he aquí un muchacho que no se habrá dejado condenar sin hacer uso de la palabra; estoy de ello bien seguro.

Y en voz alta añadió:

—Para ganar mi estimación es un medio muy singular pasar por la horca, joven.

—Deseo que me hagais la justicia de creer, señor Junker, que si hubiese estado en mi mano, jamás hubiera elegido semejante camino, y que nada de cuanto ha pasado entre la justicia y yo, ha sido hecho con mi consentimiento, toda vez que queréis que una palabra casi de broma dé principio á las explicaciones de que os soy deudor.

—Buena manera de entrar en materia es esa, respondió el doctor, y le sido injusto en interrumpiros.

El recién venido continuó.

—Me llamo Elias Teck; yo era huérfano de padre y madre cuando un honrado relojero me llevó á su casa para enseñarme el oficio. Yo escuchaba con la mayor docilidad las lecciones de mi maestro, y además leía con aprovechamiento los libros de su reducida biblioteca; de manera que él se había hecho mi padre por la protección que me dispensaba, y yo me había declarado su hijo por el trabajo y por la ciencia, porque así como vos, señor Junker, sois doctor para curar las enfermedades de los hombres, él lo era para componer los relojes que estaban descompuestos, y á su ejemplo, puedo decir que jamás he hecho uso de la lima sin saber cómo ni por qué, y de esta manera ejercitaba la mano y la inteligencia. Nuestra tienda iba en auge, y yo vivía contento y feliz.

Completamente desfigurado por las angustias y los padecimientos de una lenta y dolorosa agonia, ninguna de mis ficciones actuales puede daros una idea de lo que yo era á los diez y nueve años, tanto es lo que he sufrido en los dos que han transcurrido desde entonces. Cada día me levantaba con un buen pensamiento, y alegre, y lleno de resignación, los bellos días de la primavera de mi vida me soñaban dulcemente, y yo me dejaba conducir por ellos en mi carrera, con ese muelle abandono que produce la dicha hasta el momento en que se me presentó la ocasión de recomponer el antiquísimo reloj de sobre-mesa, de la vieja Emmy, nuestra vecina del barrio. Este reloj tardó mucho tiempo en encontrarse en disposición de marchar, pues unas veces el muelle real no quería ceder, y otras las agujas no marcaban la hora con exactitud en el antiguo cuadrante. En vano ponía yo mis cinco sentidos en aquella obra, pues todos los días me veía obligado á comenzar de nuevo mi trabajo, y cuando llena de impaciencia, la excelente anciana, mandaba á saber el estado en que se encontraba el dificultoso reloj, siempre tenía yo malas noticias que dar de él; pero asegurándola siempre que en la lucha entre el relojero y la útil joya, no sería ciertamente el artista quien cedería.

Tiempo es ya de confesaros que no todas las dificultades que se oponían á la compostura procedían del reloj, no, señor. Este reloj había sido llevado á casa por la rubia Christel, una encantadora joven, sobrina de Emmy, huérfana como yo, y como yo piadosamente adoptada; y ahora os será fácil comprender que los expresivos ojos azules de esta niña fueron los que impidieron un considerable número de días que el muelle real en cuestión pudiese probar la exactitud necesaria á los instrumentos de precisión, tanto que, un día mi maestro y nuestra vieja vecina—los cuales indudablemente hablan tenido á solas alguna íntima confidencia—nos llamaron á cada uno á su casa, y nos dijeron:

—Estoy convencido enteramente de que el reloj no marchará mientras no haya un relojero en la casa en que, hace un mes largo, se desea saber que hora es.

Poco tiempo después de estas excelentes pa-

labras, Christel y yo habíamos cambiado el anillo con el cual, entre nosotros, los prometidos se hacen un recíproco presente; pero el casamiento fué aplazado para más adelante.

La vieja Emmy no era rica; una casita que se hallaba á lo último del barrio, y que confinaba con el valle, era la única herencia que podía dejar á Christel; pero quería que la heredera tuviese algunos años más á fin de que administrase mejor su futuro capital. También deseaba la buena anciana que su sobrina reuniese algún metálico con objeto de que pudiese aplicar con utilidad sus buenos principios de administración.

Estas fueron á lo menos las razones de nuestros padres adoptivos, que nos vimos precisados á aceptar como preceptos.

—Si tú quieres por tu parte apresurar el dichoso momento de tu matrimonio, me dijo mi maestro, procura ganar mucho dinero; porque un saco bien repleto de escudos puede proporcionar á Christel una dispensa de edad.

¡Con cuánto ardor me empué en el trabajo esta palabra! Mi maestro me pagaba mis obras religiosamente, y añadió además un pequeño interés sobre todos los objetos construidos por mí que saliesen de su tienda, y con este incentivo fué tal mi afán, que al rayar el día me hallaba yo trabajando en el establecimiento, y además iba fortivamente por las noches. Y como por otra parte, el honrado relojero era correspondiente de una casa respetable de Génova, no dejaba holgar ni un momento á su hijo adoptivo.

Además, como en las pequeñas poblaciones todos se conocen, había más de un vecino que por mi cuenta andaba siempre en busca de relojes que componer, y hasta las mismas jóvenes, envidiosas de Christel, no dejaban de proporcionarme la compostura de algunos relojes de casa que, hacía muchos años no marcaban la hora, siendo para ellas este un medio de probar si, por caso fortuito, mi fidelidad podría presentar algún punto vulnerable. De esta suerte, los buenos y los malos sentimientos se adunaban en mi ayuda, haciendo aumentar mi pequeño capital, y el oro que, por medio del constante trabajo ganaba, me parecía que tenía el brillo deslumbrador de mi alegría, y á cada brillante pieza que yo depositaba en mi saco, cada día más repleto, decía á Christel con toda la efusión de mi alma: —Cuanto más dinero reúna, menos tiempo tendremos que esperar.

¡Pero ay! demasiado entusiasmados en nuestra futura dicha y demasiado preocupados de nosotros mismos, nada habíamos observado de cuanto á nuestro alrededor pasaba en el país.

(Se continuará.)

LA LONGEVIDAD DEL HOMBRE.

El término ordinario de la vida del hombre, que raya á la vejez, es á los ochenta años, sin embargo, hay una multitud de ejemplos en los tiempos antiguos y modernos que nos evidencian que este término no es de manera alguna absoluto, y que la duración de la vida del género humano hasta ha alcanzado 150 y 200 años. En apoyo de esta aserción citaremos algunos hechos.

Los patriarcas, cuya larga vida consignada en el Génesis, tanto llama la atención, no habrán llegado á otra edad que la referida; partiendo de la opinión de varios sabios, que el año entre los primeros hombres contaba, hasta Abraham solamente tres meses, después ocho y desde José doce, de manera que los 900 años á que llegó Matusalen, vendrían á reducirse á unos 200 años.

Segun Hudeland, el célebre médico alemán, que procedió á un estudio muy conienzudo acerca de la longevidad humana de los tiempos antiguos, hallábase entre los egipcios, y particularmente entre los reyes de la Aroada, gran número de longevos; entre los griegos y romanos hubo asimismo un cúmulo de hombres célebres que llegaron á una edad de 100, y aun algunos de 150 y más años. El censo de la población practicado bajo el imperio de Vespasiano, demuestra que en aquella época solo en el ter-

ritorio entre el Pó y los Apeninos, resultaron mas de 180 personas centenarias, de las cuales 37 individuos contaron 110, dos 115, cuatro de 135 á 137 y tres de 140 años. Mas, tambien las épocas moderadas enumeran mas de mil individuos centenarios, entre los cuales hubo 62 personas de 120 á 130, y 15 de 130 á 140.

A estos numerosos ejemplos de existencia prolongada, añadiremos solamente los muy notables de los dos ingleses *Thomás Parré* y *H. Jenkins*. El primero cuya historia nos ha relatado Harvey, vivió pobre y morigeradamente con salud física y moral bajo el reinado de nueve reyes, alcanzando una edad de 132 años y 9 meses. En sus órganos nada se encontró que hubiera dado solución á la causa que pudo haber promovido su deceso, y lo único á que se atribuyó fué el cambio de vida que resultó despues de que disfrutó la pensión que le había concedido *Cárlos I* rey de Inglaterra. El segundo que falleció en el condado de York á la edad de 169 años, era un pescador pobre, robusto y sano, el cual hasta los 100 años había nadado contra la corriente de los mas impetuosos rios.

De estos diferentes ejemplos tomados de los tiempos antiguos y de la posteridad, dedúcese que la longevidad no tiene época, y que ha favorecido á los hombres en todos los tiempos en grado casi igual.

Las diversas latitudes del globo y las respectivas temperaturas no son igualmente propicias para la larga vida. Ocurren los casos mas frecuentes en países frios como la Suecia, Noruega, Polonia é Inglaterra. A estos estados sigue la Francia y los del Mediodía de Europa, en los cuales se encuentran ya mucho menos. Las temperaturas extremas, particularmente la intensidad del frio, acortan la vida, pues bien sabido es

rá, sin duda, en la constancia de la temperatura. Los países y poblaciones de condicion heterogéneas, ejercen sobre la longevidad una influencia opuesta y conocida. Las llanuras bien

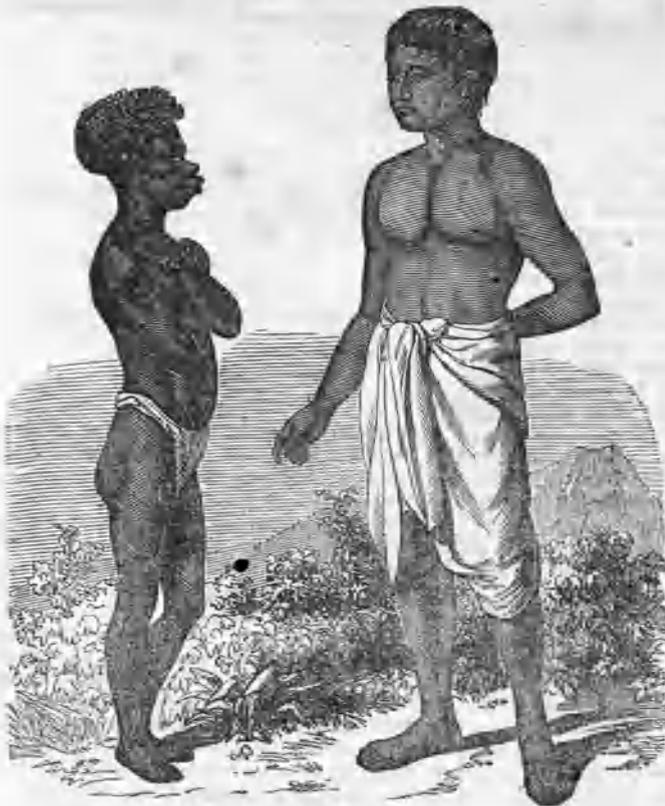
uno en cada año. Por el contrario sábese que en las grandes poblaciones, con especialidad en Paris y Londres aborda á lo sumo entre 3,000 individuos uno á la edad de los 100 años, mientras que entre la gente del campo la proporción es por regla uno por 1,400, y un individuo de 97 años por cada mil. La humedad del terreno sobre todo, disminuye muy notablemente la existencia, y por consiguiente el número de los ancianos. Bien consta la mortalidad extraordinaria que desarrollan los pantanos, los arrozales, las selvas de Guiana, y las observaciones de *Kerserboom* y de *Struyck*, han demostrado que en Holanda, á pesar de todas las medidas sanitarias de un pueblo civilizado, fallece anualmente de cada 24 individuos uno, mientras que en los países vecinos esta proporción es solamente 1: 26, y que por término bastante general se presenta cual 1: 33. ¿No debe empero esta misma consideración despertar duda acerca de la realidad de las observaciones, dirigidas á corroborar, cual lo hace Rochefort en su obra titulada *Histoire des Isles Antilles*, de que las islas generalmente húmedas, favorecen preferentemente la duración de la vida, y que sobre todo los caribes pudiesen alcanzar una edad hasta de 150 años?

Entre las razas humanas es la arábiga-europea, ó la caucásica, la que alcanza un número mas crecido de años de vida, y esto consiste en la naturaleza de la misma, como el clima en que vive. A esta sigue la raza mongola, particularmente en la India y la China, en donde contribuye muy especialmente á la larga duración de la vida, la dulzura de las costumbres, y la constante uniformidad de los hábitos de sus habitantes. Los negros y la raza hiperbórea vive menos que ninguna, consumiéndose la una rápi-



Raza caucásica.

abiertas, despejadas, risueñas y fértiles, las montañas no en demasía elevadas, los países secos favorecenla muy especialmente. Las poblaciones en terrenos bajos, húmedos y pantanosos, las grandes ciudades abrevian mucho la duración de la vida humana muy considerablemente. Mediando las primeras circunstancias se encuentra una



Raza negra.



Raza árabe.

que los habitantes de los países polares, tal como los japoneses, eskimos, samoyedos, no llegan á una edad muy avanzada, y lo propio sucede con la mayor parte de los que se encuentran entre los trópicos. Sin embargo, debemos advertir en cuanto á estos últimos que los viajeros han hallado en los climas más cálidos, negros de una edad muy respetable, lo que estriva-

multitud de anciana gente, así por ejemplo dice *Psaco* (*Historia vitas et mortis. Lond., 1623*) de ciertas comarcas de Irlanda, especialmente del pequeño pueblo Dumfort, que constantemente se encontraban allí hasta 80 octogenarios; y *Hafeland* á su vez, menciona la villa de Remda en las cercanías de Jena, en donde se llega á tal edad que de sesenta individuos muere escasamente

damente bajo la influencia de su clima abrasador, mientras que la otra se abate y se reduce á un ente de raquítica constitución con el exceso del frio. (Se concluirá.)

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8